

guiente llevó su complacencia hasta recibir afable á una comision de los plebeyos que fueron á cumplimentarle. Las Córtes no se dejaron intimidar; nó mostraron la debilidad y servil complacencia de que iban á dar un vergonzoso testimonio las Córtes de Castilla en la Coruña.

Los tres comisarios salieron de Valencia sin haber prestado en ellas el juramento á nombre del rey, y el cardenal Adriano marchó á Galicia á recibir de Carlos el nombramiento de regente que debia ser ocasion de tantas revueltas.

A punto de embarcarse ya en la Coruña para Alemania, llegaron los comisionados de los nobles de Valencia, y los enviados de la germania con sus últimas súplicas al rey. Solicitaban los nobles un edicto para disolver la germania: los agermanados aspiraban á tener en lo sucesivo las plazas de jurados ó regidores en el ayuntamiento de Valencia, para sí ó para los gremios á que pertenecian. El rey no decidió la cuestion; ofreció á los nobles nombrar un virey con plenos poderes, lo que hizo eligiendo á don Diego de Mendoza conde de Mérito, y dió al mismo tiempo á Juan Caro, representante de la germania, una carta de recomendacion para el futuro virey de Valencia, á quien tres dias despues el mismo Carlos dió por escrito opuestas instrucciones.

Conducta inconcebible en un monarca que en 7 de mayo recomendaba á los agermanados, y con fecha 10 del mismo mes reducía á la nulidad las pretensiones

que no se atrevió á negar franca y lealmente!...

Entró en Valencia el 9 de mayo el nuevo virey. Las Córtes le prestaron juramento el mismo dia, pero reservando sus derechos por una protesta. La audacia de los agermanados habia crecido hasta el punto de que al hacer su entrada pública en Valencia el virey y acompañado de toda la nobleza dirigirse por el camino mas corto á la catedral, Guillen de Sorolla rodeado de los Trece y de gran número de agermanados cogió las bridas de la mula que montaba el virey, y le dijo: «*Los reyes y los príncipes no buscan atajos en sus entradas solemnes.*» El audaz plebeyo marcó la ruta que habia de seguir el representante de uno de los monarcas mas poderosos del mundo y aquella ruta se siguió. Sorolla reclamó del virey la entrada de dos jurados de la clase plebeya, fundado en la carta del rey. El virey queria negar su peticion; Sorolla amenazó con que habria dos jurados plebeyos, ó la sangre inundaria el pavimento de la Casa de la ciudad. El dia 26 de mayo se hizo la eleccion y resultaron nombrados los indicados por los Trece y sin un solo voto los propuestos á nombre del rey. El virey rehusó ratificar la eleccion, empero los nuevos jurados entraron en el ejercicio de sus funciones. En aquel mismo dia para celebrar su triunfo hizo la Junta de los trece un alarde de sus fuerzas pasando una gran revista y desfilando por delante del palacio del virey, sobre cuyas puertas dispararon insolentemente algunos arcabuzazos.

El éxito que iban obteniendo las pretensiones de los agermanados y la publicación de la carta real de 7 de mayo, en que se anunciaba y recomendaba al virey la germanía, hizo que se levantaran en su favor casi todos los pueblos de Valencia. Játiva se alza, Murviedro sigue el movimiento, forma su junta y asalta su castillo donde se habían refugiado los nobles, pasándolos bárbaramente á cuchillo, sin respetar á sus inofensivas mugeres ni á los inocentes niños. La lucha quedó francamente declarada entre el pueblo y la nobleza. Los nobles para atender á su propia defensa nombraron veinte representantes, que con omnimodo poder proveyesen á la seguridad de todos. Así la fuerza popular de los Trece y la de los nobles se colocaron frente á frente.

El menor pretexto iba á hacer correr arroyos de sangre en la hermosa ciudad del Cid. Los agermanados lo buscaban y lo hallaron pronto. Iba á espiar en el patíbulo un criminal sus delitos por sentencia del tribunal y órden del virey. Sorolla y sus parciales lo arrebatan á la justicia á pretexto de que no ha sido condenado segun los fueros, y lo conduce á la catedral á pretexto de ser tonsurado. Ataca á la cabeza de tres mil agermanados el palacio del virey, resuelto á apoderarse de su persona. No logra su intento por la heroica resistencia que hace la guardia, y entonces se esconde y hace que sus amigos propalen la noticia de que el virey lo había hecho asesinar secretamente. No conoció entonces límites el furor popular,

cercaron el palacio y con frenéticos gritos amenazaban matar al virey y á cuantos nobles con él se hallaban si no parecia Sorolla. El obispo de Segorbe descubrió el sitio donde se oculta, le buscó, se arrojó á sus pies que bañó de lágrimas, y le conjura á que con su presencia evite las calamidades que van á caer sobre la ciudad. El feroz agermanado cede al llanto del anciano prelado, monta á la grupa de su mula, se presenta en el sitio del combate y el pueblo como por encanto depone las armas á los gritos de *¡ Viva el rey! ¡ Viva Sorolla!*

Los tres dias que habia durado el tumulto, acobardaron de tal modo al virey conde de Mérito que, aprovechando el momento de la expansion popular por haber parecido Sorolla, huyó secretamente de Valencia (6 de junio) fué despues á Conçentaina y de allí á Játiva, á cuyo castillo se retiró el 23 de julio, empero espulsado tambien por los plebeyos pidió un asilo al duque de Gandía que mantenía en órden su distrito.

Con la cobarde retirada del virey, quedó abandonada Valencia á los Trece, y los nobles y sus familias tuvieron que huir á buscar un asilo en los pocos puntos que no habian alzado el pendon de la germanía. Morella, así como en Castilla Simancas habia sido el único pueblo que se habia sostenido contra las comunidades, resistió los halagos, las persuasiones y hasta las armas de los agermanados. Habia jurado, y lo cumplió, permanecer fiel al rey, por lo que el rey

escribió á Morella desde Aquisgram dándole las gracias (en 22 de octubre de 1520).

Era tal la anarquía de Valencia y los crímenes que se cometían, que los mismos Trece comenzaron á ver que eran instrumentos de algunos malvados y que no eran bastantes á reprimir al pueblo, y trataron de entablar negociaciones con el virey. El conde de Mérito asustado de la situación que habia creado su debilidad é impericia, no tenía la conciencia de su verdadero poder; temia comprometerse en todo y así rechaza las escitaciones de los nobles para la resistencia, como los avances que para una avenencia le hacían los Trece.

Al fin llamó á la nobleza á Valdiguá (17 de agosto.) Acude ésta, forma un ejército, y en vez de lanzarse con ella á campaña, envía á Alemania una diputación al rey para pedirle instrucciones. Mientras se iba tan lejos á buscar un remedio urgente, pasóse el resto del año y los cuatro primeros meses del siguiente 1521. Los agermanados habian variado la administración pública, repartiéndose los cargos y empleos, y habian establecido el reinado del terror.

Un secretario del rey viene al cabo de tanto tiempo á anunciar desde Alemania las órdenes severas del rey emperador. Tiene que huir á escape de Valencia el 29 de abril donde habia sido recibido á pedradas.

Despejábase la situación; los agermanados se declaraban francamente enemigos del rey. La nobleza

iba á combatir por el trono, y al mismo tiempo por su seguridad. Los moros de Valencia dependian de los señores, y dejando la azada y el arado con que cultivaban las tierras, empuñaron la pica y el mosquete para defender á sus amos, y formando numerosos cuerpos, acudieron á oponerse á la devastacion que en pós de sí llevaban las improvisadas huestes de los artesanos, cardadores y pelaires de Valencia.

Llega al mas alto punto la exasperacion contra los moros; estalla en Valencia con violento tumulto á la vista de los dos cadáveres de dos agermanados que se encontraron ahogados en las acequias de Murviedro, y cuya muerte se les atribuye; ármase el pueblo, recorren los frailes las calles con un crucifijo en la mano; predicando la guerra santa contra los infieles; y se saca la bandera que se enarbolaba en las lides contra los musulmanes colocándola sobre la puerta de Serranos. Saquean el barrio de los moros y los Trece con seis mil sicarios se resuelven á tomar la ofensiva.

El carpintero Miguel Estelles marcha sobre Morella para hacerla entrar en la germania; el terciopelero Vicente Peris se dirige á atacar el ejército de los nobles que el virrey habia reunido en Valdigua. Los dos para justificar el título de *Santa Germania* proclaman que van á esterminar á los moros ó á hacer que reciban el bautismo.

Estelles intima en vano su sumision á Morella; es derrotado en su retirada por don Alonso de Aragon,

duque de Segorbe, cae prisionero y es descuartizado. Peris marcha sobre el ejército del virey: á su vista, éste tan poco militar como político vacila, y se retira el 22 de julio á la fortaleza de Gandía. Al fin sale de ella el 25 y presenta la batalla. En medio de ella es abandonado por la artillería castellana que se pasa al campo enemigo, y huye precipitadamente á Denia, y los nobles ó se retiran á sus castillos ó se internan en Castilla.

Gandía es ocupada por los agermanados; los moros pagaron muy caro el valor; la fidelidad que habían mostrado en la batalla; sus casas fueron saqueadas, incendiadas, violadas sus mugeres é hijas, y en medio de los escombros de sus casas y sobre los cadáveres calientes aun de sus familias, se arrodillaron para recibir el bautismo á cambio de la vida. Los agermanados ébrios de sangre hacían el oficio de sacerdotes pronunciando las palabras sacramentales rociándolos con escobas y ramas mojadas en el agua de las acequias.

Los agermanados se derramaron por todo el país, saqueando y bautizando á las poblaciones moriscas, que no tenían mas delito que ser vasallos de sus enemigos. En algunas partes desplegaron una atrocidad sin ejemplo. Seiscientos moros se defendían en el castillo de Polop con heroica resistencia, y solo por el hambre capitularon con las tropas del feroz Peris, bajo las garantías de sus vidas y la conservación de sus bagajes. Fiados en la capitulación bajaron desarma-

dos al llano donde recibieron por aspersion el sacramento del Bautismo. Terminada la ceremonia se arrojaron sobre ellos los agermanados cuando se preparaban á marcharse, diciendo, segun cuenta Escolano en sus Décadas de Valencia: *«que jamás estarian mejor preparados para morir, y que aquello era echar almas al cielo y dineros en sus bolsas.»* En un instante fueron asesinados los seiscientos moros.

Peris volvió á Valencia desde Polop dejando tras de sí el castillo de Orihuela cuando se hallaba ya próximo á rendirse á los plebeyos, falta que cometió por el temor de verse desobedecido de sus indisciplinadas huestes.

Mientras pasaba esto al otro lado del Júcar, el duque de Segorbe, cuyas fuerzas consistian principalmente en la infantería morisca, en número de cuatro mil hombres y en mil quinientos peones cristianos á lo mas, con una pequeña tropa de caballeros, saliendo de su campo de Almenara marchó al encuentro de los agermanados de Murviedro, mandados por el mesonero Juan Sison. Les presentó la batalla, que perdida en un principio por haber huido la caballería de los señores, fué ganada por la firmeza de la infantería mora, que dejó sembrado de cadáveres el terreno, y rechazó á Sison, que á pesar de haberse conducido cual hábil y valiente capitan, experimentó la suerte de los gefes populares que no vencen, siendo acusado por los suyos de traicion y asesinado á su vuelta á Murviedro. Cara costó la vic-

toria de Almenara al duque de Segorbe, porque habia perecido casi toda la infantería mora, y tuvo que retirarse condenado á la inacción, á Nulés.

El aspecto que iban tomando desfavorable á la causa del pueblo, los sucesos de las comunidades de Castilla, influyó poderosamente en los destinos de la germanía de Valencia.

El duque de Gandía se avistó con el condestable y el almirante de Castilla, á quien el rey con el cardenal Adriano acababa de nombrar nuevamente regentes de aquel reino. Comprendieron los nuevos gobernadores, que aun cuando eran bastante terribles los comuneros, su poder sería irresistible el dia en que pudieran contar con la activa cooperación de los agermanados de Valencia. El marqués de los Velez, virey de Murcia, invadió el reino de Valencia por sus fronteras meridionales. Se apoderó sucesivamente de Aspe, Crevillente y Alicante, y para socorrer el castillo de Orihuela batió á los agermanados que osaron presentarle la batalla el 20 de agosto, ahorcando á su caudillo el escribano Pedro Palomares y á los trece que formaban la junta de la ciudad de Orihuela.

Las rápidas y continuas ventajas del marqués de los Velez, exasperaron en Valencia á los mas revoltosos y díscolos, empero el partido de los hombres de bien, comprimido hasta entonces, alzó la cabeza. Algunos plebeyos que no habian tomado parte en los desórdenes, que temian verse envueltos en la común

ruina de su partido, tuvieron bastante fuerza para hacer llamar á Valencia como único medio de salvacion al infante don Enrique de Aragon, padre de aquel duque de Segorbe que desde su retiro de Nules habia avanzado ya á sitiar á Murviedro. El infante aceptó su proposicion; llegó el 20 de setiembre á Valencia, y se alojó en el palacio del arzobispo.

Nació con su llegada una escision entre los partidarios de Sorolla, y Peris y los miembros mas inofensivos y honrados de la germanía. Crecieron los desórdenes y la confusion. Peris que osaba apellidarse *capitan general*, se colocó frente á frente del infante.

En el dia 9 de octubre, en que se celebraba en Valencia el aniversario de su gloriosa conquista por don Jaime I de Aragon, escitó Peris un tumulto, y como las cosas mas leves sirven de pretesto para las grandes revoluciones, al ver á unos muchachos que jugaban en la calle de Caldereros, inmediato al cuartel de los moros, con un cuadro viejo de un San Miguel hollando bajo sus plantas al dragon infernal, y que con aire amenazador y marcial continente lo paseaban, les arrebató el cuadro, y arrastrando tras de sí al pueblo, fué á colgarle en la única mezquita de Valencia. Los frailes y eclesiásticos de la germanía proclamaron que en aquel acto se mostraba visiblemente el dedo de Dios; bendijeron inmediatamente la mezquita destinándola al culto, y hoy es la iglesia de San Miguel. El pueblo invadió despues las casas de los moros, y como habia hecho en Gandía, Polop y tantas

otras partes, mezcló el agua santa del bautismo con la sangre. Las mismas manos vertieron una y otra, retirándose satisfechos de haber convertido de este modo al cristianismo á los que no habian tenido el valor suficiente para arrostrar el martirio por la religion de su falso profeta.

En tanto Murviedro se rendia y entraba en ella el 16 de octubre el virey conde de Mérito con el duque de Segorbe. Desde allí amenazaba á la capital, mientras por otro lado el marqués de los Velez, el de Moya y los señores de Albaterra y de Mogente, con siete mil infantes y ochocientos caballos, avanzaban sobre la misma.

Sorolla y Peris abandonan la ciudad y se retiran á mantener aun la guerra en el valle de Júcar, situándose en Alcira. Valencia en tanto capitula el 18 de octubre, y trece dias despues entra el virey conde de Mérito en el palacio que tan vergonzosamente habia abandonado. El ejército quedó acantonado en los pueblos de la comarca. Los auxiliares castellanos se portan como enemigos, y tratan á los moros como pudieran haberlo hecho los agermanados.

Alcira y Játiva alzaban todavía rebeldes la bandera de la germanía. Marchaba contra la primera el virey; la asedia inútilmente durante veintidos dias, y rechazado, va á buscar mejor fortuna á Játiva, donde tampoco es mas próspera su suerte. Bloquea á Játiva, y á pesar de ocho mil hombres y un buen tren de batir, no da ni un solo asalto. Es tan inepto,

que se deja engañar por el astuto Sorolla que le ofrece entregar la ciudad á su hermano el marqués de Cenete, si se retira el ejército. Con esta simple convencion verbal, se retira á Montesa, y el hermano del virey, cuando se presenta para apoderarse de la plaza, es hecho prisionero, á pesar de haberse defendido briosamente, por la deslealtad de los agermanados. Valencia á una voz reclama contra aquella traicion, y hasta los plebeyos mismos y Sorolla pone en libertad al marqués de Cenete.

El terrible Peris sale de Játiva con alguna gente, y se dirige á Valencia á reanimar á sus parciales. A pesar de una columna de cien caballos, que ronda por las afueras de la ciudad, para prenderle ó impedirle la entrada, logra introducirse una noche en ella el 18 de febrero de 1522. Se instala tranquilamente en su propia casa, en la calle de Gracia, convocá á sus parciales, medita los planes de volver á establecer su dominacion en Valencia, y juran éstos morir por defenderle. Cinco mil hombres pone el gobierno sobre las armas, y divididos en tres cuerpos, atacan simultáneamente por diferentes puntos la calle en que vivia Peris. Penetran las tropas del rey á un tiempo en la calle de Gracia, y una espantosa lluvia de piedras, de muebles y de agua hirviendo, les arrojaban las mugeres, que desde las ventanas caia sobre los soldados.

Despues de tres horas de combate, llena la calle de muertos, heridos y moribundos, llegan á la casa

los soldados y la incendian. Al ir á salir Peris entre las llamas, fué muerto por uno de los grupos del pueblo, y arrastrado su cadáver es colgado en la horca en la plaza del Mercado, y cortada su cabeza, colocada primero en una ventana y clavada despues en la puerta de San Vicente. Diez y nueve compañeros mas del feroz Peris fueron ahorcados en las cárceles secretamente en aquel dia, y colocados despues sus miembros en los caminos reales. Fué arrasada hasta en sus cimientos la casa de Peris, y su solar es hoy la plazuela de Galindo.

En este dia puede decirse que terminó la germanía en Valencia, no obstante que aun continuaron por algun tiempo los encuentros y combates entre las tropas reales y los agermanados. En todas estas expediciones se distinguieron los moros, especialmente los de la baronía de Cortes. Dos veces se presentaron los agermanados en campo raso, y dos veces fueron batidos: el 15 de abril, en Carlet, y el 2 de setiembre, en Bellus. Con esto, y los refuerzos que el emperador, vuelto ya á España, envió al virey, y con sus órdenes terminantes, tornó á comenzar el sitio de Játiva, cuando se hallaban solas las mugeres en la poblacion, el 6 de setiembre de 1522, hicieron tan varonil defensa, que dieron tiempo y lugar á que volvieran los agermanados, que andaban recorriendo la comarca. El famoso Guillen Sorolla cayó en manos del virey, entregado por un moro, vasalló de un noble, que sin dnda quiso vengar así las persecu-

ciones terribles que habían sufrido sus hermanos. Fué ahorcado en Játiva, el 18 de noviembre, y dos dias despues se rindió el castillo de aquella ciudad. Privada Alcira del apoyo de Játiva, imitó su ejemplo. Perecieron en el cadalso la mayor parte de los gefes de la germanía, habiendo costado mas de catorce mil víctimas esta temeraria rebelion á los artesanos y plebeyos de Valencia. La clase popular sucumbió en Castilla y en Valencia, y en ambos reinos quedó poderoso el trono, y prepotente la nobleza.

Los moros que con tanta lealtad habían servido el partido del rey, iban á ver renovar de un modo mas cruel, despues de terminada aquella sangrienta y porfiada guerra, las llagas que esperaban con fundamento cicatrizase el poder vencedor del monarca.

Real Academia de la Historia. Biblioteca de la Real Academia de la Historia. CONSEJERIA DE CULTURA

JUNTA DE ANDALUCIA

VIII.

PROSCRIPCIÓN DEL ISLAMISMO EN VALENCIA.—INSURRECCIÓN.—TERMINA LA GUERRA A LAS IDEAS, Y COMIENZA A LOS USOS Y COSTUMBRES.

A más de diez y seis mil ascendía el número de los moros bautizados por los agermanados de Valencia, á quienes estos habían colocado entre el hacha del verdugo y el agua sacrosanta del bautismo. Los moriscos bautizados así, no eran verdaderamente cristianos, conservaron apego á las prácticas musulmanas, y continuaron ejecutándolas bajo la tolerancia de los caballeros y nobles de quien habían sido tan decididos defensores, pagándoles dobles tributos á cambio de no renunciar á sus creencias. El emperador Carlos V, cuyas ideas eran favorables á la propaganda religiosa, quiso someter á la opinion del pon-

tífice y de los teólogos españoles la cuestión de la validez del bautismo conferido á los moros por los agermanados de Valencia. El papa Clemente VII ocupaba entonces la silla de San Pedro. A ella habia sido elevado el 19 de noviembre de 1523. La influencia del emperador era grande con la silla apostólica, así es que el 12 de mayo de 1524, á instancias del embajador español en Roma, el duque de Sesa, firmó el papa una bula relevando al rey de sus juramentos, invitándole á ocuparse de la conversión de los moros de la corona de Aragon, no obstante los fueros de Monzon, confiriéndole el poder de reducir á esclavitud á los moros si se negaban á abrazar el cristianísimo. *Elapso termino, servi tui sint et esse intelligantur*, decia la bula. Familias enteras de moros, escarmentadas con los desmanes de las germanías, y recelosas de un mas triste porvenir, habian emigrado al Africa. Solo en el año 1523 habian salido cinco mil familias. Aplazó el rey la cuestión de proceder contra los moros que no se convirtiesen al cristianismo, para resolver antes la de si debia considerarse á los bautizados por los agermanados como cristianos ó como moros.

En febrero de 1525, se reunió en el convento de San Francisco de Madrid una junta compuesta, por el inquisidor general, de los miembros de los consejos de Castilla y de Aragon y de algunos teólogos. Veinte y dos sesiones celebró la junta. A la última asistió el emperador Carlos V. Todos contestaron afirmativa-

mente no influyendo poco para esta decisión la opinión personal de Carlos V; sin embargo, no bastó á mudar el parecer del sábio fraile gerónimo Jaime Benet, que por espacio de treinta y ocho años habia ocupado con grande gloria de las ciencias y utilidad de la Iglesia una cátedra de derecho canónico en la universidad de Lérida, el que sostuvo con inflexible lógica y con las doctrinas mas puras de la Iglesia la nulidad de aquellos forzados bautismos diciendo, que el reputar á los moros asi bautizados como cristianos era el medio de considerarlos despues como apóstatas. Fray Jaime Bleda, que ha escrito una obra titulada *Defensio fidei in causa neophitorum sive Moriscorum Regni Valentiae, totiusque Hispanie*, rebuscando cuantas argucias puede sugerir el mas inconsiderado fanatismo, sostiene la validez del sacramento, porque para sustraerse á sus efectos era preciso pronunciar, no mental sino abierta y claramente estas palabras, «no quiero» *nolo*, y los moros no la habian pronunciado. Verdad es que el hierro de los verdugos no les hubie-
ra dejado acabar de articular esta palabra!!!

Triunfaba el sistema de intolerancia inaugurado por la política del cardenal Jimenez de Cisneros. En 4 de abril de 1525 espidió el emperador una real cédula declarando válido el bautismo impuesto á los moros en tiempo de las germanías y envió á Valencia al obispo de Guadix, comisario del inquisidor general con otros dos eclesiásticos, para que confirmasen á los cristianos moros de Valencia, y reconcilia-

sen sin imponer penitencia alguna á los apóstatas arrepentidos, y bautizasen á sus hijos. Adjudicó al culto católico las mezquitas en que se hubiese celebrado el sacrificio santo de la Misa. El obispo de Gaudix, don Gaspar de Abalos y los dos eclesiásticos que le acompañaban, los famosos predicadores el franciscano fray Antonio de Guevara y el dominico fray Juan de Salamanca, llegan el 10 de mayo á Valencia, y el 14 publican desde el púlpito, pregonan y citan por carteles á todos los moros para que acudan á reconciliarse y á gozar de la amnistía real en el término de treinta dias imponiendo la pena de muerte y confiscacion de bienes á los rebeldes y contumaces. Los dos predicadores recorrieron todos los pueblos de Valencia, y los nuevos cristianos al ver que se les reconciliaba con la Iglesia sin penitencia, acudian en tropel á los comisarios, que daban la absolucion á los apóstatas, bautizaban á sus hijos y pasaban de largo sin instruirlos en el catecismo. En cuatro meses y medio fueron visitados todos los pueblos y aldeas de un reino tan dilatado como Valencia, por aquellos dos celosos predicadores que volvieron á entrar en la capital el 28 de setiembre.

Habia llegado el momento en que el emperador Carlos V, queria usar de la bula que le habia concedido Clemente VII. Habia dado el 13 de setiembre una real cédula para obligar á todos los moros de Valencia á abrazar el cristianismo. Inviaba en ella á los moros á no luchar contra los designios de Dios, á cuya

inspiracion divina atribuia su resolucion, prometiendo tratarlos como cristianos si obedecian, y castigarlos severamente de lo contrario, empero sin espresar los premios y los castigos. Los tres comisarios de la Inquisicion y del Rey, hicieron saber el 8 de octubre á todos los pueblos que les concedian el término únicamente de diez dias para deliberar, pasado el cual cesarian en el lenguaje de la persuasion, mandando entretanto que ningun musulman se apartase de su domicilio, bajo pena de ser reducido á esclavitud.

Pasaron los diez dias y no respondieron los moros. Aprestábanse, no á recibir el bautismo, sino á huir, vendiendo por cualquier precio sus bienes y muebles.

Un edicto de 21 octubre, prohibió toda venta á los moros.

El 16 de noviembre, se promulgó la cédula del rey que abolia definitivamente el culto mahometano. Mandaba en ella el rey á los señores bajo su responsabilidad y bajo pena de la confiscacion de sus bienes, desarmar á los moros sin dejarles mas que un cuchillo sin punta, inventariar sus armas y entregarlas á los comisarios bajo pena al moro que las usase, de cien azotes y la esclavitud; que en el término del tercer dia se cerrasen todas las mezquitas y no pudiesen practicar, ni en público ni en secreto, ceremonia alguna de su antiguo rito; que llevasen en sus sombreros los moros, el distintivo de una media luna azul; que fuesen obligados á asistir á todas las solemnidades religiosas, y concurrir á los sermones de sus parro-

quias, y que no trabajasen los domingos. La infracción de cada uno de estos artículos, excepto la de trabajar en domingo que solo se castigaba con una multa, tenía sus penas particulares, además de la esclavitud.

Al día siguiente los inquisidores de Valencia, publicaron un decreto dado el 3 de noviembre en Toledo por el inquisidor general, que se llamó el edicto de la *delacion*. En él se mandaba bajo pena de excomunion reservada, que toda persona delatase á su tribunal á los que faltasen á cualquiera de estos mandamientos. El 25 de noviembre se publicó por último solemnemente un edicto mandando que todos los moros, hombres, mugeres y niños, no bautizados, debian salir del reino de Valencia para fines de diciembre; de toda España para últimos de enero del siguiente año de 1526, bajo pena de esclavitud, debiendo de embarcarse precisamente en el puerto de la Coruña. Se les marcaba el itinerario que debian seguir por Requena, Utiel, Madrid, Villafranca y la Coruña. Dice Escolano en sus *Décadas de la historia de Valencia*, que el objeto de esta medida de inconcebible rigor, en los detalles de su ejecucion, era el que no «se quedasen en las fronteras de Africa y que consumieran en tan largo camino el dinero que llevaban, cuando no tuviera el de que con algún movimiento, dieran ocasion á que los degollaran en Castilla.» Dos días despues, los comisarios publicaron excomunion reservada y una fuerte multa contra